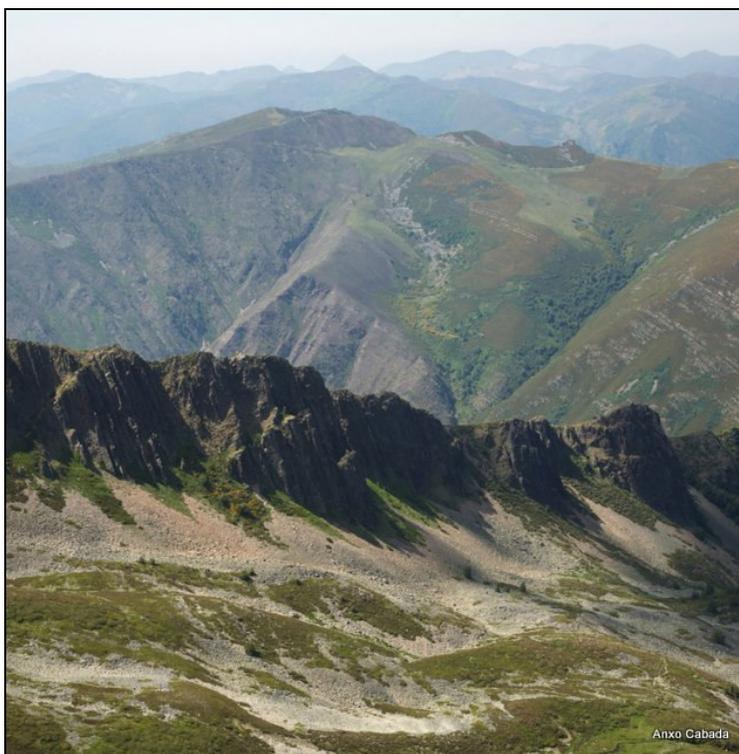


## Viaje a una provincia del interior





## Primera Parte. El Bierzo





## I. *Bergidum*

### Prólogo del viajero

Muchas son las plagas y desdichas que aquejan a España; pero una de las mayores consiste en los extraños juicios que fuera de sus confines se forman siempre que se trata de sus usos y costumbres, de su cultura y sus artes y, sobre todo, de la índole de sus habitantes. Extranjeros que, sin fijar apenas su atención y como de pasada, visitan las costas y países del Mediodía, se empeñan en no ver en los españoles sino árabes, un sí es no es amansados y dulcificados por el cristianismo, pero árabes, en fin, bravíos todavía y feroces, que no viven en tiendas por la sencilla razón de parecerles más cómodas las casas, ni beben la leche de sus camellas por la no menos sencilla de no haberlas. Algunos otros (si bien muy contados) que cruzan las Provincias Vascongadas y observan la noble altivez de los caracteres, la patriarcal sencillez de las costumbres, la limpieza, comodidad y alegría de las viviendas y su extraño cuanto sabio régimen interior, regalan a la nación entera estos preciosos dones, y a sus ojos la España es la patria y natural asiento de las libertades municipales, de las más respetables tradiciones históricas y de los usos más apacibles y benignos que imaginarse pueden. Por este raro mecanismo viene a resultar en último caso, que a no ser por una de sus muchas anomalías, andaría la Península aderezada con su turbante, que no habría más que pedir; o cuando no, se sentaría debajo de los árboles a elegir un gobierno y a danzar como los hijos de Guillermo Tell. Esto es España en la boca y obras de los concienzudos viajeros modernos. ¿Qué hacen de todas las provincias del interior y de su parte más occidental? ¿O no son para ellos España Castilla la Vieja, Extremadura, el reino de León y el de Galicia? ¡Raro suceso y ligereza inconcebible! ¡Olvidarse al tratar de una nación de los países que han sido cuna de su libertad y de su monarquía, y hablar de su espíritu, costumbres y creencias sin tener en cuenta la patria de Pelayo, de Jovellanos y de Feijoo! *¡C'est ainsi qu'on écrit l'histoire!*



Por lastimosa cuanto perjudicial que sea para nosotros tan errónea opinión, harto arraigada en Europa para nuestro mal, fuerza es confesar que sus autores merecen alguna disculpa. Hasta el día han sido tan escasos los medios de transporte y tan pocas las comodidades, que sin duda se necesitaba superior estímulo para arrostrar tamaños inconvenientes y todo el mundo sabe que, encaminándose generalmente los viajes más a la diversión que a la enseñanza, son muy contados los que se avienen con privaciones y estrecheces, propias más bien de peregrinos devotos que no de profanos y curiosos observadores. Por otra parte, acostumbrados al espectáculo de naciones ordenadas y compactas, ya por haber pasado encima de ellas el nivel revolucionario, ya por la energía y ciencia del gobierno que, extendiendo su acción con igualdad y prontitud, sabe asimilar aun sus más discordes elementos, poco tiene de extraño que clasifiquen y juzguen por inducción al pueblo español, sin comprender los vivos y fuertes matices en que se reparte y degrada su nacionalidad.

De las grandes comunidades europeas tal vez la nuestra es la única que presenta el ejemplo de un conjunto formado sin la fusión de las revoluciones o de las conquistas, pues harto sabido es que los reinos en que antiguamente se dividía la península ibérica han venido a reunirse bajo la mano y gobierno de un solo monarca, más por enlaces y alianzas que no por guerras y sumisiones forzadas. En esto consiste la poca eficacia de los vínculos que atan los miembros de este cuerpo; en esto las notables y profundas diferencias de sus provincias que tan curiosas y dignas de observación las hacen a los ojos del filósofo y del artista; pero que tan doloroso síntoma de indisciplina e individualismo ofrecen en una época de concentración moral y material y, por último, esta es la explicación de los yerros que cometen la mayor parte de los escritores extraños, siempre que para castigo de nuestros pecados nos toman por su cuenta.

Esta es su excusa, pero ¿cuál será la nuestra cuando con tanta incuria y abandono tratamos los legados de nuestra historia y las tradiciones de nuestros padres? ¿Con qué específico podremos paliar este síntoma aflictivo, este cáncer tremendo pudiéramos añadir con más exactitud aún, que así ataca y corroe las entrañas mismas de nuestra nacionalidad?



No somos de los que llevan al campo de los hechos y de las cuestiones prácticas las ilusiones del deseo o los colores de la imaginación, ni pedimos a un pueblo que todavía lucha con los dolores de su parto político los grandes esfuerzos y duraderos monumentos que sólo nacen de la paz y de la fuerza para crecer en el regazo de la verdadera y sólida cultura; pero entre tantas publicaciones como ven la luz del día, sin que sus ojos sean por cierto muy dignos de nuestro noble sol, ¿no se podían tener en cuenta nuestros recuerdos y las condiciones de nuestra índole individual? Esta afinidad de periódicos artísticos y literarios que sin más norte que una ganancia inmediata y ruin se han ocupado en traducir a roso y belloso ¿no podían adoptar siquiera una base nacional e indígena y cultivar nuestros gérmenes naturales sin empeñarse en aclimatar plantas que constantemente rechazará nuestro suelo? ¿Tan poco digna de respeto es la bandera especial del pueblo español, tan menguado su sentimiento íntimo, que así se deja arrinconada aquélla entre las inútiles antiguallas y así se tuerce y desnaturaliza éste, como si fuese menester buscarle fuera pujanza y vida con qué existir y desarrollarse? La mayor parte de las publicaciones españolas, con leves y muy honrosas excepciones, prescinden de nuestra historia y de los monumentos de nuestras artes; de real orden se ha demolido y demuele y, cuando no, se deja caer lo que en pie queda después de tantas guerras y trastornos; lo pasado va hundiéndose en las tinieblas eternas del olvido: lo presente nos aflige y desconsuela: el porvenir está preñado de incertidumbres y temores y, sin un esfuerzo de las inteligencias elevadas y de los corazones generosos, pronto nos veremos como un bajel que encalla en una playa inhospitalaria y desierta.

### Hacia el regazo feliz

Un viaje emprendido en este año desde la capital sólo por motivos de salud y esparcimiento del ánimo, nos ha inspirado todos estos pensamientos. De paso por Palencia, León y Astorga, hemos procurado observar lo que quedaba de su antigua grandeza y, al llegar a las risueñas montañas del Bierzo término de nuestra peregrinación, debemos decir en obsequio de la verdad que más acopio habíamos hecho de tristes



ideas que no de sensaciones halagüeñas. ¿Quién habla en el día de la catedral de León y de los conventos de San Isidoro y San Marcos? ¿Quién, después de Ponz, ha vuelto a mentar la iglesia de Astorga con el asombroso retablo mayor, obra de Gaspar Becerra? ¿Quién, antes ni después, se ha acordado de este rincón maravilloso del Bierzo, de las raras propiedades y milagrosas riquezas de su suelo, de sus agraciados paisajes y variadas perspectivas, de sus interesantes monumentos y del sin fin de recuerdos que encierra? El padre Flórez, en su *España Sagrada*, ha recogido datos y noticias preciosas, pero que al cabo apenas tienen relación sino con la historia y arqueología; y desde entonces todo ha quedado en silencio. Lástima grande por cierto, pues las artes y las ciencias a la par podrían, sin duda, ensanchar su esfera, registrando este país hasta el día olvidado si no ya desconocido. Tal vez la extraña formación de los montes y la disposición poco común de los terrenos harían dar un paso más a la geología en su nueva y gloriosa carrera. Tal vez la mineralogía ganaría algo en sus relaciones con lo presente y lo pasado, reconociendo el depósito inmenso de metales que encierran estas montañas y observando los gigantescos trabajos con que los romanos supieron beneficiar las ricas minas de Las Médulas, abandonadas en el día, aunque probablemente no agotadas. Acaso en la cumbre de estos cerros y en sus valles escondidos, un nuevo Lagasca<sup>1</sup> encontraría medio de abrir a la España otro manantial de riqueza. Pero aun cuando por semejante camino nada llegase a adelantar el entendimiento humano, de seguro podría enriquecer su herencia en otros puntos no menos capitales. De seguro la arqueología encontraría ocasión de emplearse con provecho en el examen de los diversos objetos hallados en las ruinas de las poblaciones romanas. De seguro daría por bien empleado su tiempo y su trabajo el arquitecto que estudiase los restos que del género lombardo nos quedan todavía y, sobre todo, la curiosísima iglesia de Peñalba. Y, por último, el pintor que dibujase las vistas de Las Médulas, del apacible y hermoso lago de Carucedo, de la cuenca deliciosa de Vilela y del campestre anfiteatro de Corullón, de la

---

<sup>1</sup> Gil rinde homenaje al científico Mariano Lagasca, director del Real Jardín Botánico de Madrid, quien compartió exilio en Londres con Espronceda durante la «década ominosa», entonces recientemente fallecido, en 1839. [N. del ed.].



frondosa ribera de Bembibre y de las fértiles orillas del Sil, si a esto añadía la perspectiva de sus castillos y conventos colgados unos sobre el abismo, señoreando otros lindas colinas y otros, por fin, asentados en verdes y risueñas llanuras, conocería que dentro de nuestro país hay un sustancioso y delicado alimento para la imaginación y que, en emanciparle de los eternos lagos de Suiza y de los no menos eternos monumentos de Italia, se le haría un servicio no pequeño.

De lo que no ha muchos años permanecía en pie, ha desaparecido ya gran parte; otra no menor de lo que resta está para seguirlo muy en breve. En cuanto a nosotros, que hemos nacido en el regazo feliz de esta tierra y pasado en ella los alegres días de la infancia, y los no tan alegres de la primera juventud, hemos creído justo dedicarle este leve testimonio de nuestro amor y recuerdos. Tal vez el torbellino de la suerte nos arrojará a una playa extranjera dentro de poco; tal vez la mano se helará cuando quiera coger de nuevo la pluma. El tiempo y las cosas pasan como las hojas de los árboles, sin que para ellos haya primavera vivificadora: ¡extraña manía la del pobre entendimiento humano que a toda costa quiere dejar estampada su huella en la arena movediza de su camino!

### Vestigios romanos

De los pueblos que hasta ahora han aparecido en El Bierzo para eclipsarse en seguida, el romano es el que ha dejado vestigios más indelebles por la extraordinaria energía de que estaba dotado y los grandes pensamientos que abrigaba. Como frontera de los indomables astures, como punto de comunicación con Galicia y, en fin, como emporio de la mayor riqueza mineral que en aquellos tiempos se conocía, conservaba esta tierra, con el esmero que dan a entender los trozos de sus vías sembrados aún por varias llanuras, la línea eminentemente militar de fuertes que se extendía hacia Asturias y la cuidadosa elección de sitios para edificar sus poblaciones, que todas podían rápidamente comunicarse por medio de humaredas y lumbradas, telégrafos eternos, hijos de la naturaleza y propios de todas las edades.



A la izquierda del pueblo de Pieros, caminando a Galicia, se encuentra una espaciosa colina que, desde luego, cautiva la atención del viajero porque todas las de los alrededores tienen la figura cónica más o menos pronunciada, al paso que ésta aparece truncada y con una bellísima explanada en su cima. Crece la curiosidad y el interés al verla rodeada de algunos fragmentos de muralla vestidos de yedra, vides y zarzas, que parecen empeñados en contener el sucesivo y forzoso desmoronamiento. Son sus laderas fértiles viñedos que crecen en una tierra rojiza de muy buen tono y efecto y descienden a las riberas del Cúa y del Burbia por ambos lados en plácido y manso declive. En esta eminencia estaba situada la ciudad de *Bergidum*, capital de todo el distrito que de ella tomó su nombre y que Antonino menciona en su *Itinerario*, señalando la ruta desde Braga a Astorga. La distancia a que pone esta ciudad del pueblo en cuestión, los pedazos de muro que se ven en su circunferencia y las medallas, monedas, lámparas, instrumentos de labranza, lápidas y armas que en él se han encontrado, manifiestan claramente su estirpe romana.



Aunque desde cualquiera parte de su falda que se mire esta extraña colina, al punto se conoce su hermosa situación, pues en el corazón de un país rico y variado se dibuja sola y orgullosa sobre el fondo del cielo, todavía se experimentan al llegar a su cresta sensaciones tan nuevas como deliciosas. Era una tarde de julio cuando, en compañía de dos amigos de aquellos que sin duda por su precio concede tan escasamente el cielo, subimos a ella. Un viento fresco del poniente movía las vides



sobre los escombros del templo de Baco, el cielo estaba claro y diáfano, sólo unas nubes de color de plomo con vivas franjas de púrpura servían de lecho al sol que se ponía. A nuestros pies teníamos la villa de Cacabelos, el Cúa, que corría por entre sotos y arboledas fresquísimas, y la grande y blanca mole del monasterio de Carracedo. Un poco más adelante, Ponferrada, cubierta en gran parte con su magnífico castillo de templarios, se extendía por un hermoso altozano y, muy cerca de ella, se alzaban iguales como dos gemelos los castros de Columbrianos y San Andrés, antiguos campos atrincherados de los mismos cuyo polvo removíamos a la sazón con nuestras plantas. A la derecha se desplegaba la cordillera altísima de la Aquiana; el Sil, centelleante como una serpiente de escamas de oro a los últimos resplandores del sol, se deslizaba besando su falda y, al paso en su orilla derecha, llana y sosegada, se esparcían las praderas de Villaverde y Dehesas. En la izquierda, ya más quebrada y pintoresca, veíase desembocar el río Oza por la vega de Toral de Merayo. Rimor enclavado en un angosto valle, Priaranza vistosamente asentado en la cuesta, el castillo de Cornatel semejante a un nido de águilas colgado sobre un horroroso precipicio y, por último término, las tajadas cárcavas y caprichosos picachos encendidos de Las Médulas que a lo lejos parecen vivas llamas sin cesar alimentadas por una mano invisible. A nuestra espalda, aunque más reducido, no era menos agradable el paisaje. La cuenca deleitosa de Vilela dilatada a orillas del Burbia sus huertas y prados, sus campos de trigo y sus castaños, y a su frente, en un recogido seno de los montes subía, en lucida y desordenada gradería con sus higuerales y vergeles, el pueblo de Corullón coronado por un antiguo y alto castillo. Describir ahora todos los accidentes, la diversidad de tonos y la variedad de contrastes de este riquísimo paisaje excedería los límites de un bosquejo: baste decir que el paisajista más exigente no tendría motivo para quedar descontento. La plataforma tendrá como dos mil varas de circunferencia. Su figura es ovalada más que redonda y desde ella se registra y domina todo el país.

Cuando bajamos de este maravilloso mirador donde nuestro silencio habló más que nuestras palabras, versó naturalmente la conversación sobre aquel pueblo de reyes que Dios mostró sobre la haz de la tierra para que la domeñase y juntase bajo su mando y disciplina y, de esta



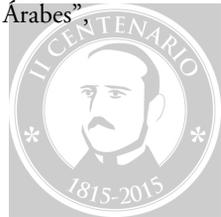
suerte preparada, recibiese mejor y más prontamente la divina luz del Evangelio. La sola elección del terreno en que fundaron a *Bergidum*, prueba muy bien la audacia de sus pensamientos y el poder de sus medios; porque la montaña debió de ser rebajada en su mitad para dejar su espaciosa mesa en el estado en que hoy se ve. Como centro administrativo y militar, nada deja que echar de menos al deseo; como punto a la vez saludable y pintoresco, apenas la imaginación acierta a trazárselo mejor y no titubeamos en decir que, si del lado del norte, en vez de los montes monótonos y cerrados que en el día se levantan, encontrase la vista la inmensidad del mar, sería sin duda uno de los más hermosos puntos del globo.

*Bergidum* resistió a las invasiones de los pueblos del norte y sin duda pereció en la irrupción de los árabes. Según el padre Flórez, duraba todavía en tiempo del rey nuevo Teodomiro y una rarísima medalla que inserta del rey Sisebuto, manifiesta que aún existía en el siglo VII.



Cuando después de la restauración de la monarquía se vuelve a mencionar este pueblo, ya se trata de su reedificación. Vivos los recuerdos y tradiciones de su grandeza, y prendados los reyes de su bella situación, intentaron varias veces restaurarlo, pero los monjes bernardos de Carracedo se opusieron vigorosamente y compraron del rey Fernando II y de su hijo don Alfonso IX la seguridad de que jamás se reedificaría. Don José Fernández Carús, abogado de Ponferrada, sujeto de instrucción y talento nada comunes, conserva en su poder una copia

<sup>2</sup> Detalle de la “rarísima medalla” que menciona Gil, reproducida por el P. Flórez: “Yo tengo una Moneda de oro rarissima (si no es única) del Rey Godo Sisebuto, que empezó a reynar en el año de 612 y en el reverso dice: BERGIOPIUS escrito con B el nombre del lugar, que según esto fue arruinado después de la entrada de los Árabes”, *España Sagrada*, 1764, p. 30. [N. del ed.].



de estos documentos que no dejan de ser curiosos. Nada tenía de extraño en verdad que los religiosos con tal viveza solicitasen la perpetua desolación de aquel lugar, porque, además de pertenecerles su terreno, fácil era columbrar que el nuevo pueblo crecería como la espuma y bien pronto menguaría su autoridad y poder.

Villafranca, a despecho de una situación infelicísima, se había ido formando poco a poco al calor que le daba el tránsito extraordinario de peregrinos extranjeros que por el camino francés iban a adorar las reliquias del Apóstol Santiago y es seguro que el *castro de la Ventosa* (nombre con que, olvidado entre el vulgo el romano, había comenzado a designarse el collado de *Bergidum*) hubiera caminado con rápidos pasos por la senda de las mejoras y del engrandecimiento.

## Batalla de Cacabelos

En este sitio se escribió durante la guerra gloriosa de la Independencia una sangrienta, si no principal, página de su historia<sup>3</sup>. El general inglés Moore, acosado en su retirada, más que por las fuerzas del mariscal Soult, por la indisciplina de su propio ejército, paró en Pieros el 3 de enero de 1809, resuelto al parecer a hacer rostro al enemigo. Envío más allá de Cacabelos cuatrocientos tiradores y otros tantos jinetes, ocupó el castro de la Ventosa, asentó una batería en la cuesta del camino real que media entre aquel pueblo y Villafranca, y en esta actitud aguardó a los franceses.

Al frente de su vanguardia venían unos cuantos escuadrones mandados por el hermoso y gallardo general Colbert. Receloso algún

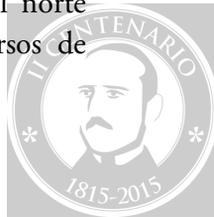
---

<sup>3</sup> La batalla de Cacabelos tuvo lugar el 3 de enero de 1809, seis años antes de nacer Gil, de modo que el suceso estaba fresco en la memoria berciana y, sin duda, en los recuerdos infantiles del autor, “que pudo obtener ciertos detalles de testigos oculares de la acción”, dice Picoche (p. 151), quien remite la documentación histórica empleada por Gil a la *Historia del levantamiento* del Conde de Toreno. Como afirma Epicteto Díaz en este volumen, “el relato inserto en el *Bosquejo* goza de cierta autonomía” (p. 158). La retirada de Moore y el combate han sido estudiados por Francisco González, quien da credibilidad al relato de Gil por ser “cercano a los hechos” [*Batalla de Cacabelos*, Ayuntamiento de Cacabelos, 2002]. [N. del ed.].



tanto del número del enemigo y de su ventajosa posición, mandó a pedir refuerzo al mariscal; pero éste le contestó secamente que avanzase sin aguardar a más. Herido en lo vivo con semejante respuesta, arremetió Colbert con furioso arranque, atropelló y volcó cuanto encontró al paso y desembocó como un torbellino por el puente del Cúa. Los ingleses que en esta embestida no cayeron prisioneros, se reunieron al punto a los que la previsión de su general había apostado en los viñedos que ciñen por ambos lados el camino y rompieron un vivo fuego a quemarropa, La artillería comenzó a jugar por su parte y los aldeanos, que con sus párrocos se habían encaramado a las alturas vecinas y que desde la guerra de Sucesión tal vez no habían oído disparar un fusil, aguardaban con la consternación pintada en el semblante el desenlace de aquel sangriento drama. Con el repentino y mortífero fuego que sufrían por el frente y los costados, desconcertáronse y arremolináronse un poco los franceses. Colbert, caracoleando en su caballo expuesto a las balas, a cuerpo descubierto y con el semblante colorado por la ira y el despecho, comunicaba las órdenes oportunas, exhortaba a todos con la voz y con el ejemplo y, para aparentar la calma y sangre fría que distaban de su agitado corazón, acariciaba una perra de aguas que no se apartaba de su lado. Algunos de los asustados espectadores de esta escena, que con la ayuda de los anteojos podían observarla minuciosamente, convienen en que la briosa actitud, denuedo y distinguida belleza del oficial francés merecían un pincel inspirado. Ordenados los suyos por fin, volvió a la carga con temerario arrojo y se encaminó en derechura a la batería; pero al llegar a la cuesta cayó muerto. Sobrevino a poco la división de infantería del general Merle, pero la batería que sin cesar jugaba y la noche que se venía encima a más andar, le estorbaron pasar adelante. Recogió, pues, el cuerpo de su malogrado y gentil compañero y acampó a la falda de aquellas eminencias.

Moore, en cuanto entró la noche, reconcentró sus fuerzas en la explanada del castro de la Ventosa, armó porción de tiendas, encendió sus fuegos y pareció dispuesto a mantener sus posiciones en el siguiente día. Los nietos de César pudieron oír entonces desde sus sepulcros el relincho de los caballos britanos y los acentos de la lengua del norte resonaron en los mismos sitios que habían escuchado los versos de



Virgilio y las cláusulas de Cicerón. A las pocas horas, el general inglés mandó cebar de nuevo las hogueras y, sin alzar las tiendas, emprendió con tanto sigilo su retirada, que las rondas del ejército francés sólo al amanecer la conocieron, cuando ya les llevaban considerable delantera. Trece días más tarde exhalaba sir John Moore su último aliento en La Coruña, después de haber peleado noblemente y salvado los indisciplinados restos del ejército que su país le confiara.

Este es el último suceso notable de que ha sido teatro el antiguo *Bergidum*. En el día ya son muy contados los trozos que quedan en pie de la muralla que ceñía la plataforma. De los edificios nada absolutamente se conserva, ya por haberse empleado el terreno en viñas y ya más especialmente por el abuso de autoridad de los monjes de Carracedo que, según informes de personas respetables, demolieron a fines del siglo pasado lo poco que todavía restaba, para utilizar la piedra. De sus reliquias se guarda aún en uno de los patios del monasterio un magnífico pilón de piedra berroqueña de una pieza, con un genio sobre su pedestal que tiene asidos dos cántaros. El color de la piedra y la corrección del dibujo claramente dan a conocer su origen. El tazón tendrá como seis varas de circunferencia.



4

---

<sup>4</sup> “Capaz está [la yegua] de llevarse encima el mismo pilón de la fuente de Carracedo”, escribe Gil en *El Señor de Bemibre*. Actualmente está en la Alameda de Villafranca, donde es llamada popularmente *La Chata*, por tener la nariz mutilada [Paz Díez, p. 165].

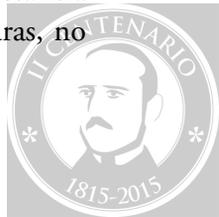
## Castros

Del camino que conducía desde *Bergidum* a *Interamnium Flavium* y Astorga, y al mismo tiempo lo ligaba con los fuertes o campos atrincherados que estaban sobre Columbrianos, San Andrés de Montejos y Finolledo perseveran todavía trozos muy lucidos en el campo de San Bartolo junto a Cacabelos, a la vera de la dehesa de Fuentes Nuevas y entre los pueblos de Cortiguera y Cubillos. Estos fuertes conservan todavía con poca alteración el nombre latino pues a todos los llaman *castros*. Perfectamente enlazados y en situación eminentemente militar, sin duda estaban destinados a celar y guardar la frontera de los belicosos astures y a mantener el país en obediencia. Aun desde lejos se nota una especie de corona alrededor de su cumbre, formada por sus fosos y trincheras que en lugares altos, poco frecuentados y menos expuestos a la acción de los raudales llovedizos de invierno han podido mantenerse sin graves alteraciones. En algunos de estos picos se distingue claramente todavía un recinto cuádruplo de cavas y paredes.

La construcción parece ruda y puramente bélica. El terreno está por nivelar y las piedras medio enterradas que guardan la forma de muro, no tienen liga ni argamasa de ninguna especie. La vista que desde estas alturas se descubre, se acomoda a la naturaleza del sitio, pues si bien de la parte de la llanura presenta una perspectiva risueña y agradable, del lado de los montes sólo ofrece un paisaje silvestre, solitario y oscuro.

Por lo que hace al pueblo de *Interamnium Flavium* que el *Itinerario* de Antonino sitúa en El Bierzo, sólo por conjeturas se puede venir en conocimiento de él. Vadeando al Boeza frente a la ermita de San Blas y caminando a Molina Seca, se encuentra a la izquierda un sitio llamado vulgarmente El Castro, plantado en el día de viñedo, pero que pudo muy bien ser en otro tiempo la *Interamnium* de que nos habla el *Itinerario*. El cultivo de las viñas, que en todo el país es esmeradísimo, ha alterado algún tanto la forma rigurosa de cono truncado en cuya planicie debió de estar la población, pero todavía se conoce claramente.

Desde *Bergidum* se divisa también este sitio y los que hayan observado el cuidado con que buscaban los romanos esta circunstancia que tanto favorecía su sistema de comunicaciones rápidas y seguras, no



dejarán de dar importancia a este dato. Por otra parte, la cualidad de *interamniense* o ‘entre ríos’, cuadra perfectamente a este terreno por hallarse situado entre el Boeza y Valtejada. Y últimamente, la distancia a que el *Itinerario* lo coloca de Astorga, puede ser muy bien la que conviene a nuestro propósito, pues si es cierto que por el camino actual median entre ambos puntos algo más de ocho leguas, no lo es menos, según todas las probabilidades, que la antigua vía romana no seguía la misma dirección sino la de Paradasolana, que a la ventaja de mayor suavidad y abrigo reunía la de ahorrar distancia, en cuyo caso parece natural que fuera ésta la que señala el emperador de treinta millas o siete leguas y media. Sentimos que semejantes conjeturas, en nuestro entender no desprovistas absolutamente de fundamento, no encuentren más sólida confirmación en algún monumento arqueológico que las diese mayor grado de consistencia; pero, de todas maneras, el objeto de este trabajo se lograría por entero si la curiosidad de los inteligentes se despertase y se corrigiesen en provecho de la ilustración general los yerros que en él se hayan cometido<sup>5</sup>.

Y ciertamente no sería menor premio llamar la atención de la Academia de la Historia y de su digno presidente sobre un país donde el general olvido y abandono le habrá impedido tal vez extender su correspondencia. Si así fuere, urgente es remediar la falta, y por nuestra parte estamos seguros de que encontrará personas que secunden sus miras con calor. Bien conocida nos es la escasez de medios a que está reducida esta corporación respetable, pero cuando no alcanzase más que atajar con su influencia el espíritu de vandalismo que puede desatarse aquí, como se ha desatado ya en otros puntos de la provincia, debemos

---

<sup>5</sup> Noticias posteriores y una inspección más detenida del terreno nos han dado una certidumbre moral de que el pueblo en cuestión no podía ocupar otro sitio. Por una coincidencia singular, ningún cerro del Bierzo se apellida castro sino los que tuvieron población romana y esto confirma nuestra conjetura, amén de la raíz latina del nombre. Además de *Bergidum*, descúbrese desde allí el castro de Columbrianos, por encima del Montearenas, con cuya circunstancia se añadía un eslabón más a la cadena de comunicaciones. Y por último, una porción de personas respetables nos han asegurado haber visto varias medallas romanas encontradas en aquella eminencia y por nuestros mismos ojos hemos examinado piedras y sillares que, aunque mutilados por el tiempo, todavía hablaban de los edificios a que habían pertenecido.



creer que lo miraría como galardón cumplido de sus afanes. De ello avisamos aquí a sus individuos, como en lugar más oportuno daremos cuenta a los redactores y colaboradores de la *España monumental y artística*<sup>6</sup> de otras cosas que sin duda cumplen a su noble propósito.

En un próximo artículo hablaremos de otras antigüedades romanas, enteramente distintas, que contiene El Bierzo en más abundancia quizá que ningún otro distrito de España.

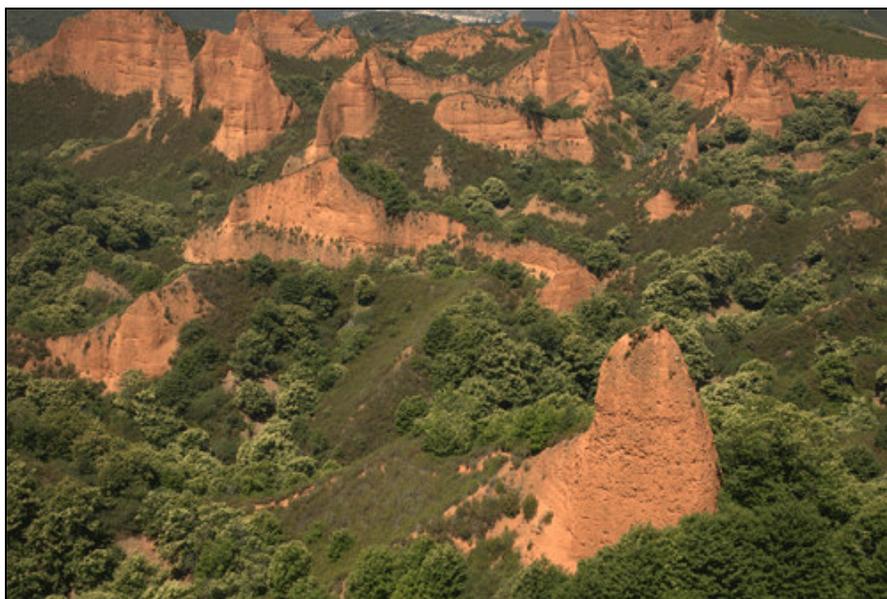
Ponferrada y agosto de 1842.

---

<sup>6</sup> Se refiere a *España artística y monumental*, publicada por Patricio de la Escosura y Villaamil en 1842 [Paz Díez, p. 165].



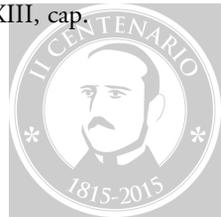
## II. Aventura en las cuevas y pasadizos de Las Médulas



Prometimos hablar en el anterior artículo de un género nuevo de antigüedades romanas que abundan infinito en El Bierzo. Estas antigüedades son los restos que nos quedan de los trabajos empleados en beneficiar las minas de Las Médulas, que bien claro dicen la importancia que sus dueños sabían darles y el gran provecho que de ellas sacaban. Hablando Plinio de las riquezas que producía la España, dice lo siguiente: “De esta manera dijeron algunos que daban las Asturias, Galicia y Portugal, veinte mil libras de oro; pero que las Asturias producen la mayor parte. Y en ninguna parte del mundo por tantos siglos ha habido esta fertilidad de oro”<sup>7</sup>. *Aurífera* llama también Floro la naturaleza de estas regiones y es cualidad que hasta el día no ha dejado de poseer.

---

<sup>7</sup> “*Vicena milia pondo ad hunc modum annis singulis Asturiam atque Callaeciam et Lusitaniam proestare quidam prodiderunt, ita ut plurimum Asturia gignat. Neque in alia terrarum parte tot saeculis perseverat haec fertilitas*”, Plinio, *Hist. Nat.*, lib. XXXIII, cap. 4, 78. [Véase Paz Díez, p. 165].



Aunque, según la opinión más acreditada, los límites de la provincia *Asturica*, a quien Plinio atribuye tanta abundancia del precioso metal, no llegasen sino hasta la vertiente oriental de la cordillera de Foncebadón, no estamos distantes de creer que para su aserción incluyó en sus términos Las Médulas, por más que entonces perteneciesen a Galicia. No hemos recorrido los montes de Asturias, ni sabemos los vestigios que en ellos ha dejado la civilización romana, si alguna vez sus águilas volaron por sus más ásperas y enriscadas cimas, pero no hemos leído ni menos oído que ofrezcan un espectáculo semejante al de las montañas que por el lado del mediodía parten términos entre El Bierzo y Cabrera. Sin querer dar a nuestra ignorancia sobre el particular un peso que no tiene, porque sobrado se nos alcanza que en último lugar no pasaría de una prueba negativa, debemos creer de todos modos que una no pequeña parte de las veinte mil libras de oro que menciona Plinio salía de nuestras montañas.

El viajero que se dirija a Orense por la orilla izquierda del Sil, después de atravesar los fértiles pueblos de Toral, Villalibre, Priaranza, Santalla y Borrenes, se encuentra con un lugar de pobre y mezquina apariencia, situado en una especie de llano sembrado de innumerables montones de canto rodado negruzco y musgoso y a la raíz de una montaña de la más caprichosa forma que imaginarse puede. Cortada, en general, como a pico, revestida en su mayor parte de robles y castaños silvestres, surcada de profundísimos barrancos, descubiertos a veces sus costados de un encarnado vivo y crudo y coronada por picachos y torreones del mismo color, que ofrecen a la vista tantas figuras y accidentes como la fantasía puede forjarse, nada tiene de común con los montes circunvecinos: y se asemeja a un monumento levantado por la mano de una raza de gigantes, que sólo ha podido conservar algunos restos dignos de su grandeza en su lucha desesperada con la naturaleza y el tiempo. La miserable aldea es la que tiene el nombre de *Las Médulas* y la montaña es probablemente el *Monte Medúleo*, uno de los más ricos almacenes de oro que la naturaleza abrió a los romanos en este suelo testigo de su grandeza y de sus crímenes.

En pocas partes ha dejado el pueblo rey un testimonio más vivo y elocuente del atrevido espíritu, en cuyas alas volaba su pensamiento.

